

LECCION QUINTA.**EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO III.**

Consideraciones religiosas.—Preparacion al Cristianismo.—La razon y la fé.—Educacion progresiva del género humano.—Aparicion de Jesus.—Presentimientos.—Movimiento religioso en Judea.—El Cristianismo y las heregias.—El Oriente y el Occidente en sus relaciones con el carácter de los pãdres de la Iglesia.—Tertuliano.—Su doctrina.—Paralelo entre San Cipriano y San Clemente.—Filosofía cristiana.—Lucha con las heregias.—Las iglesias y las escuelas cristianas.—Resúmen.—Ideas que fundan esta época. 133

LECCION SESTA.**LOS PERSEGUIDORES Y LOS PERSEGUIDOS.**

Muerte de Roma.—Necesidad de una revolucion.—Profecías apocalípticas.—Ideas que pedian una trasformacion social.—Diversas fases del Imperio romano.—Alejandro Severo.—Juegos seculares.—Crímenes de les Césares.—Caracalla.—Heliogábalo.—Alejandro Severo.—Maximino.—Los Gordianos.—Felipe Decio.—Los treinta tiranos.—Descomposicion del Imperio.—Emperadores desde Galieno hasta Diocleciano.—Necesidad del Cristianismo.—Los primeros cristianos en sus relaciones con el paganismo.—Las Catacumbas.—Castigos de los cristianos.—Los mártires.—Principales persecuciones. 261

LECCION SEPTIMA.**EL SIGLO IV.**

Exordio—Influencia en la idea religiosa de la traslacion de la silla del Imperio en Constantinepla.—Paganismo de Roma.—Caractéres de Bizancio.—Su influencia en la revolucion religiosa.—Gobiernos de Galerio y de Constancio.—Significacion política de Constantino.—Proclamacion de la libertad del culto cristiano.—Incertidumbre de Constantino.—Relaciones de la Iglesia y del Estado.—Lucha de la Iglesia con las heregias.—Arrianismo.—Atanasio.—Concilio de Nicea.—Reaccion pagana.—Causas políticas de esta reaccion.—Causas artísticas.—Juliano.—Idea de Juliano.—Su teología.—Sentido filosófico.—Themistio.—Tendencias humanitarias.—Sinmaco.—Ideas sociales de los padres de la Iglesia.—San Agustin.—Sus doctrinas.—Despedida. 189

FIN DEL INDICE DEL TOMO TERCERO.

LA CIVILIZACION

EN LOS

CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO

LECCIONES PRONUNCIADAS

EN EL ATENEO DE MADRID

POR

DON EMILIO CASTELAR

EDICION DE LA "BIBLIOTECA UNIVERSAL" DE M. VILLANUEVA

TOMO CUARTO.

MEXICO

IMP. DE M. VILLANUEVA, CALLE DE S. FELIPE NERI NUM. 14

1869

INTRODUCCION.

LECCION PRIMERA.

SEÑORES:

Despues de nuestra separacion inevitable, volvemos á reunirnos aquí para dar cima á un largo y penosísimo trabajo. Mil veces, lo digo con franqueza, mil veces dudara, cediera, á no sostenerme el interes con que venis á oirme y el entusiasmo con que acogeis mis palabras. Yo, señores, dudaba si tenia derecho á exigir que volviessis á reuniros en este sitio tan estrecho, en esta atmósfera irrespirable, en esta especie de desvan, indigno de la primer corporacion científica de nuestra patria, que se parece al negro embudo donde los místicos de la Edad media solian, en sus terroríficos sueños, embutir el infierno. Mirad, señores, estos viejos paños se comen la voz; estas luces me delumbbran si están cerca, y me oscurecen si están léjos, y aunque no tengamos grande interes, ni vosotros ni yo, en ver rostros barbudos, sin embargo, bueno es que nos veamos las caras, porque en ellas se pinta la sinceridad del que habla y el interes del que escucha: entre esta bovedilla y aquellos angulitos de la izquierda reflejan las palabras, y el éco viene á perturbar al orador; muchos de vosotros se quedan en la escalera, algunos en el patio, y todos pasan una hora mortal, sudorosos, exánimes, de suerte, que nos dirigimos siempre á un auditorio

desmayado, atormentado, aquejado de validos; y si esto se pudo tolerar el año pasado en que, esplicando el cristianismo perseguido, el teatro representaba admirablemente las catacumbas fétidas, sin luz, sin aire, no se puede tolerar este año, en que tenemos que cantar el triunfo de la libertad, de la igualdad; y es muy fácil que nos falte el canto, porque, aunque sea desagradable, no es canto ciertamente de aves nocturnas, únicas que gustan de telarañas, agujeros, pajares y camaranchones, como es este en que nos encontramos encerrados, y en que yo dejo pedazos de mi pulmon y vosotros dejais el quilo, á riesgo de tener una apoplejía; riesgo que si el asunto lo merece, ciertamente el pobre orador que os dirige la palabra no merece tales holocaustos y sacrificios. (Risas y aplausos.) Y cuenta, señores, que la Junta gubernativa del Ateneo no es responsable de esto, y debo decirlo en honra de su interes y de su celo; pues no encuentra casa. En Madrid, en este desierto tan árido como el alma sombría de Felipe II, hay espacio para fabricar; pero no hay buenas maderas, no hay hierro barato, porque los privilegiados los parásitos, que viven chupando la sangre del pueblo, quieren que lo compremos malo y caro, y por sostener sus privilegios. El Ateneo no tiene casa, y si fuera solo el Ateneo...; pero el pobre trabajador, el hijo del pueblo, el que sostiene la sociedad en sus espaldas y la robustece, tiene por vivienda una miserable bohardilla, estrechísima, miserable, donde el calor lo abrasa en verano, y el frio lo hiela en invierno, donde le molestan y le chupan la sangre todo género de insectos asquerosos, protegidos en las maderas podridas por los altos poderes del Estado.

Pero, señores, entremos en materia, y concluyamos el curso de nuestras lecciones con el auxilio del cielo. Confieso que muchas veces me detengo en este trabajo pensando si será completamente inútil. Cada día el viento helado de los desengaños seca una de nuestras ilusiones. Cuando subimos la montaña de la vida no vemos sus despeñaderos ni sus abismos; flores eternas la cubren, las mariposas vuelan sobre las flores; el aura sobre las mariposas; nieblas sonrosadas sobre las auras; astros brillantes sobre las nieblas, y el amor infinito, que no cabe en nuestro corazon y que se espacia en un himno sin fin y sin término, envuelve en mares de luz todo el Universo; luz que se apaga, que se oscurece cuando llegamos á la cima, cuando vemos que las flores no han dado frutos, que las mariposas han perdido sus alas, que las nieblas sonrosadas se han tornado nubes de plomo, que los astros se deshacen en cenizas sobre nuestra frente, que por todas partes el vien-

to helado del otoño levanta hojas secas y nos azota el rostro; y que en último término solo vemos, en el ocaso de la vida, el sepulcro, el centro, hácia el cual gravita, como en pos del descanso, nuestro dolorido cuerpo. Y en verdad, el espectáculo que ofrece la realidad en que vivimos no es para consolarnos. Por todas partes triunfa la injusticia. El sentimiento del derecho se apaga en los corazones, la idea de justicia en las conciencias. Los pueblos se duermen y no sienten el peso de sus cadenas; los tiranos que la tempestad dispersara un momento, se incorporan y se conjuran para esterminar á los que no doblamos la cerviz á su coyunda; todas las naciones padecen; la noche de la tiranía se espesa sobre Francia; los buitres roea las entrañas de Italia, el Prometeo de las naciones; la flaqueza de sus hijos prostra á Alemania; la muerte habita en el sepulcro donde creíamos que si estaba enterrada Polonia, al ménos estaba enterrada viva; Grecia no busca la libertad gloriosa que buscaba en Misolongui, con la espada de Ipsilanti, con el cántico de Byron, busca de rodillas en el Polo un amo; los principios todos del derecho han sido violados en México; la lluvia de sangre derramada sobre la frente del esclavo no ha podido formar el bautismo de su libertad ni lavar su conciencia de las espesas manchas de la servidumbre; y la mas generosa, la mas desinteresada, la mas moral de las naciones del mundo, España: nuestra cara patria, ve su política convertida en impuro bazar donde se compran y venden las conciencias, donde la inmoralidad y el perjurio y la traicion tienen su precio; triste estado, en que á veces nos falta hasta el postrer reflejo de la vida, hasta la esperanza, porque la generacion que sube á los puestos del Estado, corrompido el corazon por el egoismo, ennegrecida la mente por el humo de las orgías, no tiene, no, el valor y la pujanza de aquella generacion ilustre de 1808, que con una mano reconstruyó la patria, y con la otra encendió el sol de la libertad en nuestro espíritu, y nos enseñó que solo por el sacrificio y por el martirio se alcanzan los grandes progresos en el mundo (Estrepitosos aplausos.)

Pero, señores, cuando una generacion ne llena su destino, cuando no cumple su fin, Dios lo llena, Dios le cumple por ella. Así como la obra del Universo no se puede interrumpir, no se puede interrumpir tampoco la obra del espíritu. Los individuos, las generaciones, pueden renunciar por su voluntad al cumplimiento del progreso; pero Dios los deja perderse y despierta nuevas generaciones para que prosigan

los fines de la civilizacion y escriban en los espacios el poema inmortal de sus grandes ideas.

No calculemos por nuestra leve vida la vida de la sociedad, ni por nuestro tardo paso el movimiento del Universo; no creamos, no, que nuestro pobre y desgarrado corazon es el péndulo que mide los latidos del gran corazon de la humanidad, porque si ponemos el pasajero dolor que nos taladra las sienes, la leve sombra fugaz de un instante que pasa por nuestra conciencia, si ponemos esos dolores y esas sombras en la vida infinita del espíritu humano, ¡ah! nos esponemos á creer que en nuestros dias nublados el sol no ilumina otros cielos ni otros mundos; que con nuestros vicios podemos podrir la tierra; que en nuestro sepulcro vamos á encerrar el árbol de la vida; cuando debemos confiar en que si el individuo se pierde la humanidad se salva; en que pasarán por su seno las generaciones esclavas como los montones de nubes por el cielo, ligeras y fugaces; en que estremeciéndose un dia bajo sus cadenas las enrojecerá en el fuego de su corazon y las arrojará sobre todas las tiranías, consumiéndolas como el sol la leve arista, para que solo quede sobre la tierra el espíritu humano sin nubes y sin sombras; libre, dueño de su derecho, inmortal, reflejo brillante de Dios que, proyectándose en los espacios, ilumine todo el Universo. (Aplausos.)

No conozco, señores, época alguna en la historia tan triste como este último siglo que vamos á historiar. Nunca la humanidad había tenido tantos motivos para dudar de su salvacion. Nunca, en ningun tiempo, pudo compararse mejor nuestro planeta á una inmensa mortaja rodando en lo vacío, circundada de ángeles esterminadores, y bajo cuya tapa se encerraba, no un muerto, sino un moribundo, retorciéndose de dolor, medio devorado por los gusanos que salian del pus de sus llagas. Nieblas en el cielo, mares de hiel en la tierra, las llanuras llenas de ruinas, las montañas de ejércitos, oprimidos los emperadores por los patricios bárbaros por su feroz soldadesca; al pié del Capitolio hordas hambrientas, y sobre el Capitolio dictadores salvajes, que convertian las copas de oro, donde libaran sus versos los Propercios y los Tíbulos, en herraduras de los caballos de los desiertos; el Occidente vendido como una mercancía por el Oriente, las provincias en armas; las nacionalidades naciendo ritualmente entre lágrimas y sangre; los germanos en el Ródano; los alanos en el Tajo; los godos en los Alpes; los ostrogodos en Grecia; Atila empujándolos á todos con su espada, que llevaba en sus filos las chispas de la guerra universal; Jen-

serico en el Mediterráneo, como una inmensa ave de rapia, quemando las naves donde iban los trofeos de la civilizacion universal, la púrpura imperial en el lodo; la lira clásica rota; el poder cayendo de un traidor en un imbécil, de un imbécil en un cobarde, de un cobarde en un feroz salvaje; las vestales violadas por aquellos hombres que parecían osos rojos; las últimas copas de los últimos festines oliendo á sepulcros; el mundo convertido en un campo de batalla, sobre el cual solo se oian los graznidos de los cuervos y el estridente ruido de las quijadas de los perros machacando entre sus dientes los huesos de tantos montones de cadáveres; y cuando parecia que de aquella inmensa hecatombe solo podia alzarse el ángel de la muerte llevando en sus negras alas el espíritu de la humanidad al juicio de Dios, se levanta para continuar nuevas y mas felices edades, el derecho romano, la razon escrita, y la luz inmortal del Evangelio, la regeneracion del espíritu.

Señores: nuestras lecciones de este año, que han de ser precisamente cortas en número, no tanto forman un nuevo curso, como la continuacion del curso anterior, que dejamos en suspenso por material falta de tiempo. Por consecuencia, debemos resumir en cuatro palabras lo que enseñamos en el precedente año, el mas aprovechado, y para mí el mas feliz de cuantos he visto trascurrir desde esta cátedra. Los puntos capitales que tratamos fueron la descomposicion del paganismo, los estoicos, los padres apostólicos, los apologistas, la decadencia de Roma, la formacion de la nueva sociedad, la filosofía alejandrina, el cristianismo desarrollándose en la mente de los mas grandes padres de la Iglesia, los perseguidores con los perseguidos, y todos los grandes hechos, y todos los grandes personajes y todas las ideas capitales del siglo iv. Vimos en esta larga, si se quiere, prolija enseñanza, agonizar los dioses, enmudecer en el seno de la naturaleza el cántico seductor del paganismo; los estoicos subir al trono de Roma, dando una sola idea al derecho, un solo espíritu á la humanidad; los padres apostólicos trayendo del seno del Oriente, en sus labios, las primeras palabras de los fundadores del cristianismo; los apologistas encendiendo en la mente del mundo la nueva idea; el paganismo levantándose á luchar como serpientes heridas, en los diálogos de Luciano, en las novelas de Apuleyo; Roma ya decadente y cada dia mas sumida en el lodo; el circo lleno de combatientes que pedian al cielo venganza, el espoliarlo lleno de cadáveres de gladiadores que infestaban los aires, los Césares desesperados porque sentían derrumbarse bajo sus plan-

tas el antiguo mundo, el Senado esclavo, la aristocracia podrida, la clase media exhausta, el pueblo yendo á la Annona á que le llenaran el vientre y al circo á que divirtieran sus ócios, los pretorianos convertidos en mercaderes y dando por oro al mejor postor la corona del mundo, el esclavo triturando con los eslabones de su cadena la base de toda la sociedad, la mente humana exaltada por la ciencia; Dios y la Trinidad, explicados en la última evolucion del platonismo; estas ideas platónicas brillando como lenguas de fuego sobre la frente de los enrojados dioses, la reaccion neo-pagana, Porfirio Jamblico recorriendo las cavernas de la tierra y los abismos del espíritu para despertar los antiguos genios de la naturaleza, en cuyas alas de mariposa se sostenia Grecia; los poderosos del mundo vertiendo la sangre de los mártires, y los mártires volando del seno de las hogueras al cielo.

El paganismo se moria; el paganismo espiraba. Ya lo he dicho en otra ocasion, y voy á repetirlo.

Como la mitad de nuestro sér, en esta armonía que se llama hombre, es la naturaleza, en el corazon hay siempre una cuerda pagana que no han podido romper diez y nueve siglos de cristianismo. ¿Qué significan, el Dante conducido por Virgilio al través de los infiernos, las Virgenes de Rafael, la florecencia del Renacimiento, los encantos de los jardines del Tasso, los torrentes de poesía panteísta en que se anega la musa de Calderon, la Helena de Goethe que, sacudiendo la ceniza de los siglos, se levanta eternamente joven, y eternamente hermosa á besar con sus labios que perdieron un mundo, los labios del poeta? ¿Qué significa Byron renegando de las nieblas del Norte y yendo á morir á Grecia porque aquella tierra pesará ménos sobre su cadáver, y las ninfas oceánicas rozarán, con sus alas de espuma, sus cerrados párpados en su eterno sueño; qué significan, sino la voz eterna del paganismo que se levanta como un himno del fondo de nuestro corazon? ¿Qué triste debia ser para la humanidad despedirse de Grecia, la eterna Antígona, que conduce por los campos de la poesía á este eterno Edipo ciego que se llama el hombre! Grecia, como he dicho otra vez, es el paraíso donde se renueva la naturaleza, donde nace la Eva inmaculada de la poesía; contemplándose en el trémulo espejo de las aguas; los griegos son eternos jóvenes cuyos juegos forman hoy nuestra ciencia; su naturaleza es la primavera de la vida universal, y su inspiracion la primavera del espíritu; sus héroes son poetas y sus hazañas poemas; el arte es allí el culto, la enseñanza, la instruccion universal, y la poesía es la gimnasia del espíritu como la gimnasia

es la escultura del cuerpo; las leyes no hubieran sido allí obedecidas si no hubieran sido elocuentes, ni los repúblicos acatados si no hubieran sido oradores; los ejércitos suspenden sus batallas y celebran armisticios para oír unos versos del Sófocles; los navegantes se detienen allá en el istmo, donde se oyen las olas del mar de la Jonia y del mar de Oriente, para ofrecer sacrificios á las sirenas que vagan por las espumas y á las musas que vuelan por los aires; harpas cólicas resueñan dulcemente en los bosques; los dos pueblos jónico y dórico, son como los coros de mancebos y de ancianos en sus tragedias, que juntan sus voces discordes en una armonía infinita: cada flor guarda el aliento de una diosa; cada bosque el cántico de un genio; cada ondulacion de un arroyo, el seno blanco palpitante de una nereida; cada montaña la lucha luminosa de un Dios; el culto no es triste sino alegre, representando el placer que siente lo infinito al comunicarse con lo infinito: eterna risa conmueve el Olimpo; de eternos cánticos están henchidos los aires; y por eso, siempre que anhelamos por contemplar la armonía del espíritu y la naturaleza, el concierto de la forma y la idea, caeremos de rodillas á los piés de las serenas y felices estatuas griegas, encontrando en su presencia el reposo del alma; y siempre que la humanidad aspire á la poesía, irá al Himeto, á las montañas de Thesalia, al Parthenon, al Pireo, á los lugares embellecidos eternamente por los resplandores del genio, á libar en un beso infinito la miel eterna de inspiracion que manan los labios de la hermosa Grecia.

Por eso no debe estrañarnos nunca, á nosotros que sabemos cuán difícilmente mueren las ideas, á nosotros que contemplamos la agonía de tantas instituciones, no debe estrañarnos nunca la gran defensa de los poetas; los oradores, los escultores, todos los que representaban la exaltacion del espíritu antiguo, que hacian del paganismo, cuando esta religion agonizaba. Era la idea que embelleciera al mundo antiguo, la idea que lo guiara en su camino. Por eso Plotino, Jamblico, Porfirio, Máximo, Themistio, lucharon hasta fines del siglo IV con todos los recursos de la poesía y del genio, defendiendo, exaltando el paganismo.

No creais que pretendian sostenerlo tal como habria salido de la mente de los poetas, y tal como lo adoraran los pueblos en su primitivo, ingénuo candor; no creais esto. Elevaban un Dios único, una trinidad, esencia, movimiento, amor de todo lo creado; un verbo, la divinidad humanada; llamaban al templo de ese Dios á todos los pueblos, á todas las razas; sostenian, en su humanitario sincretismo, que todas

las religiones podían caber bajo esta religión universal, y todos los dioses bajo este Dios único; fundaban una Iglesia á la manera de la Iglesia cristiana; elevaban las dos ideas capitales del cristianismo, la idea de Dios único y la idea de la humanidad una, solo que, en vez de sostener todas estas ideas para guardar en la conciencia humana el Dios de los semitas, el Dios de Jerusalem, la sostenían para guardar los dioses que habia cantado Homero, y modelado Fidias, y adorado Platon. Es verdad que esta reaccion pagana se ponía á servicio de la política, á servicio de las antiguas instituciones, del antiguo imperio; y es verdad tambien que pedía por único auxiliar el Estado. Pero ¿podemos de esto maravillarnos nosotros, sí, nosotros, que vemos hoy un espectáculo nuevo en el mundo, un espectáculo de que á veces precisa apartar la vista con horror? Al fin, entre Júpiter y el Imperio, habia un parentesco estrechísimo; entre los antiguos dioses y las antiguas instituciones, lazos indestructibles; entre el Olimpo y Grecia, entre el Panteon y Roma, la relacion que media entre lo ideal y su encarnacion, entre lo espiritual y lo visible; pero nosotros no debemos escandalizarnos de nada anómalo, de nada irregular en la historia, cuando, en la hora que corre, estamos viendo los que se dicen destinados á conservar el cristianismo perdidos en el polvo de los combates políticos, para convertir la religion del espíritu en una pesada cadena con ese neo-catolicismo, contrario á las ideas fundamentales cristianas. Y cuenta que no ha habido en el mundo reaccion semejante á la reaccion pagana.

Tuvo esta reaccion su gran filósofo en Plotino, su gran teólogo en Porfirio, su gran orador en Themistio, su gran César en Juliano, su gran sacerdote en Máximo, su gran poeta en Claudiano. ¿Qué le faltaba? Le faltaba el amor, y el amor vino tambien á secundarla, el amor que puede con su fuego llevar la vida hasta el frio hueco de los sepulcros. Y este último amor del antiguo mundo se condensó en la forma de una mujer, y se llamó Hipatia. Hija del astrónomo Theon, discípula de los grandes filósofos alexandrinos, peregrina que volvia de Atenas á Alejandría, con la mente llena de recuerdos sagrados, maestra elocuentísima, era la Psiquis levantándose de su lecho con la lámpara sagrada en la mano, á arrojar el espíritu universal que no volara á los cielos; la Venus del pensamiento abrasada en el amor ideal á la ciencia; la Hebe que descendía del cielo en alas de las nereidas á las orillas del misterioso Nilo, á traer en su copa de oro el último néctar de la inspiracion; el alma de Grecia, que erraba como un

sueño, por última vez, ántes de hundirse en su sepulcro, sobre la cuna de la nueva idea. Casta, hermosa, virgen, su cabeza perfectamente esférica, indicaba que contenía todo un universo; su espaciosa frente reflejaba todo un cielo, sus trenzas caían sobre las espaldas como dos rayos de luz, sus ojos del color del firmamento, infundían con sus miradas la palpitacion de la vida en las estatuas de los antiguos dioses; la blanca túnica de las pitonisas la envolvía dibujando en sus pliegues formas estatuarias y repitiendo dulcemente, en su ligerísimo rumor, los latidos de su corazón; el manto de púrpura de los filósofos pendía de sus hombros; en sus manos estaba el compás con que media las esferas; y de sus labios fluía eternamente una elocuencia semejante al cántico de los antiguos poetas, la elocuencia del amor que salva, la elocuencia mágica á cuyo acento, según las tradiciones paganas cuentan, las flores se abrían y le mandaban su incienso; las estrellas entonaban, en sus esferas, endechas; las aves suspendían su vuelo; las ondas del Nilo se impulsaban unas á otras para escucharla; las cenizas de los antiguos poetas se reanimaban en sus urnas, porque aquella hermosísima mujer, que parecía el fuego de los antiguos sacrificios, condensándose en la forma de una Musa celestial; aquella mujer, cuya palabra era como el canto de una alondra, que anunciaba nuevos días á los antiguos dioses, sumergía en su éxtasis de amor la naturaleza, elevándola y prometiéndole que nunca huiría de su seno el alma del paganismo. La palabra inspirada de aquella mujer, que parecía, puesto el mirar en el cielo, el compás en la mano, los pies sobre la cátedra; que parecía la Pitonisa de todo un mundo, la palabra inspirada de aquella mujer, despertaba por un momento los antiguos dioses. Los sacerdotes cristianos de Alejandría veían abandonados sus templos; los solitarios oían que hasta á los desiertos llegaba el eco de aquella voz, arrebatándoles sus catecúmenos. El pueblo entero se agrupaba al pié del Tabor del paganismo. Un día, los fanáticos corrieron á su cátedra, la arrancaron de ella, hicieronla caer en el polvo, quebraron su frente que guardaba un poema, hundieron cien puñales en su corazón, y sin respeto á su pudor, á su hermosura, la arrastraron hasta el pié de los altares, y despues de haber manchado el ara de su Dios con aquella sangre virginal, arrojáronla á la hoguera, entre cuyo humo se perdió en los aires con el alma de Hipatia, como un prolongado gemido, el alma de Grecia. ¿Por qué, por qué en todas estas grandes crisis del espíritu humano, aparecerá siempre una mujer para señalar el oriente ó el ocaso de una idea?

¿Porqué al lado del genio se oirá siempre el misterioso ruido de las alas de esos ángeles del amor? Subid á todos los tiempos, recorred todas las grandes crisis de la historia, acordaos de todos los genios que ha levantado el espíritu humano á los cielos del arte, y vereis siempre volar por esos horizontes una mujer, ora real, ora ideal, que toma diversos nombres, y que siempre es la misma: Eva, sobre la cuna del Universo, mas bella que la primera luna en los cielos inmaculos; Helena alzada entre el Oriente y Grecia, viendo un mundo que se destroza al pié de su adúltero lecho; Safo, anegándose en el mar de Lesbos para extinguir la sed de amor que hubiera apagado una lágrima de Faon; Magdalena, la Eva arrepentida al pié de la cruz; Hipatia, despues de haber sentido el amor idealizado por Platon, muriendo de la muerte de Sócrates; Eloisa, abrasada por el fuego de sus deseos infinitos en el claustro, sin mas vida que sus recuerdos, sin mas esperanza que mezclar un día en el lecho del sepulcro sus cenizas con las cenizas de su amado Beatrice, el único rayo de luz que ha pasado por el alma sombría de Dante, el único ángel que ha recorrido sin quemarse, el infierno de su corazon, la sombra vaga del deseo de lo infinito que ha creado un cielo: la Laura de Petrarca, que pulsa las cuerdas de su lira; la Fornarina de Rafael, que brilla siempre en sus cuadros coronando como el genio del arte la cúspide del renacimiento; la Julietta, enterrada viva por haber querido extinguir con el bálsamo de su amor; el odio de cinco siglos; la Justina de Calderon, despertándose á la vida del deseo en la soledad, al contemplar la planta misteriosa que mira siempre al sol, la yedra, que abraza al árbol y ve al ruiseñor que canta sobre su nido; la condesa de Cóncolli, en cuyos ojos encontré una hora de paz el alma tempestuosa de Byron; la Margarita que ha apagado con un beso la sed inestinguible de Fausto; coro de ángeles que, apoyándose unas en otras, todas con las lágrimas en los ojos, el cántico en los labios, la tempestad de nuestro mundo en el pecho, la luz, la inspiracion en la frente, señaládoles con su vuelo otras regiones donde el corazon no sentirá estas penas infinitas del amor de hoy, dejan estelas de esperanza en la noche triste y eterna de dolor que como un caos eterno corona nuestro espíritu. Y por esta ideal significacion de la mujer, el mundo antiguo se estendia entre la cuna de Helena y el sepulcro de Hipatia.

La idea de Dios se levantaba sobre toda la vida. Contemplad, señores, conmigo un momento el hombre-estrordinario que trae esta gran idea de Dios á la historia y á la vida. Nacido en Africa, lleno

de las pasiones que el sol de Africa inspira, veheméntísimo en sus amores y en sus odios como todas las almas artistas y elocuentes, arrastrado á los placeres por su hervidora sangre, y al estudio y á la ciencia por su inquieta mente; de pensamiento altísimo, de palabra tosca, pero elevada como su pensamiento; perseguido por las deudas y aquejado de la sed infinita del alma que anhela para vivir la fé: despues de haber pasado por todos los grados de la vida de los sentidos en la sociedad antigua, por la orgía, por el concubinato, por las falsas academias de los sofistas, por los placeres de las ardientes noches de Africa, por los desórdenes de las noches de Roma; despues de haber recorrido todos los grados del pensamiento antiguo, aceptando y combatiendo todas las escuelas; desencantado del sensualismo por asqueroso, del escepticismo por atormentador, del estoicismo por frio é indiferente para su alma tempestuosa, del maniqueismo por oscuro como el genio de Oriente, del platonismo por incompleto; cuando el dolor le revela en uno de esos instantes en que el dolor cura las heridas del alma á la manera que el fuego cauteriza las heridas del cuerpo, cuando el dolor le revela con revelacion clarísima la verdad cristiana, se abraza á ella con la fé del neófito; deja todas las costumbres de su juventud como la serpiente que se despoja de su piel; y armado de su lógica destruye todas las escuelas antiguas; y al ver que Roma embriagada cae en el lodo, que los bárbaros como ángeles exterminadores, descienden por los cuatro puntos del horizonte armados de sus hambrientas espadas; que las amenazas de los profetas se cumplen, que la sangre ahoga á la impura Babilonia, manchada con la sangre de los mártires, como Dios al separar, inclinado sobre los abismos, en el primer día de la creacion, la luz de las tinieblas, separa con sus brazos un mundo de otro mundo, una edad de otra edad, y arroja el resplandor de la idea divina sobre el Universo apocalíptico, que surge de las ruinas de Roma; San Agustín representa en la vida de su alma la vida entera de la idea del siglo IV. Ha nacido en el paganismo, ha recorrido todos los sistemas y se ha separado de todos ellos, y despues de vivir en la corrupcion de la grosera sensualidad antigua, ha abrazado con amor verdadero la fé de Cristo, y la ha defendido de las heregias que la acosaban, y le ha dado el carácter de universalidad, de catolicismo que necesitaba para sojuzgar y educar á los bárbaros; de suerte, que el gran padre de la Iglesia es un hombre-idea, uno de esos luminosos faros que reverberan su luz en el mar de todas las edades.

Una idea ya tan formada, tan sistematizada, tan fuerte como la idea